

## Reseñas

**María del Carmen Collado, *La burguesía mexicana. El emporio Braniff y su participación política, 1865-1920*, México, Siglo XXI Editores, 1987, 174 p.**

*Eva Salgado Andrade*

**E**n el año de 1865, cuando se vivía la efímera aventura del imperio de Maximiliano —al que el gobierno juarista tardaría muy poco en asestar el golpe final—, llegó a México un hombre de 35 años, nacido en Nueva York de padres irlandeses: Thomas Braniff. Por entonces formaba parte de la compañía constructora del ferrocarril México-Veracruz. Ocho años más tarde, cuando la línea férrea quedó concluida —suceso que fue festejado en medio de la algarabía nacional—, a Braniff las cosas le iban bastante bien y decidió establecerse de por vida en este país, donde tuvo seis hijos, prestigio y una gran fortuna —a su muerte, en 1905, sus bienes sumaban \$9 214 505.30.

Se trataba, sin duda, de una persona con visión para los negocios. Pero su talento no le habría resultado tan fructífero de no haber existido, a partir del segundo tercio del siglo pasado, condiciones propicias para el desarrollo e inversión de capitales. Con el ascenso de Porfirio Díaz a la presidencia, se abría el camino para hacer realidad las metas propuestas por los liberales para sacar adelante al país: alentar la industrialización, ampliar las vías de comunicación, transformar la agricultura que hasta entonces era básicamente de autoconsumo. La oligarquía tradicional mexicana, en general, estaba poco preparada para esta nueva fase y prefería continuar sus inversiones en haciendas que, aunque menos redituables, eran más seguras. Así, la vía estaba libre para extranjeros residentes en México y algunos mexicanos dedicados al comercio, la manufactura y las finanzas.

En *La burguesía mexicana. El emporio Braniff y su participación política, 1865-1920*, uno de los “extranjeros residentes en México” adquiere un nombre y se encarna en la figura de Thomas. Conforme nos adentramos en los andares de este personaje por las promisorias tierras mexicanas, implícitamente conocemos cómo surgió y se desarrolló una nueva clase social.

Existe un interés constante de la autora por ubicar al lector en las circunstancias históricas que rodean las distintas fases de la familia biografiada. Esto se hace evidente desde el primer capítulo, “los primeros cincuenta años de vida independiente”, donde en sólo ocho páginas se resumen con claridad los avatares económicos y políticos de México tras su separación de España, las constantes pugnas entre liberales y conservadores por definir el rumbo a seguir, los intentos de reconquista y las intervenciones del extranjero, el consecuente debilitamiento de la economía nacional, hasta culminar con la imposición de un imperio en represalia por la suspensión de pagos de la deuda externa decretada por Juárez.

Mientras esto sucedía en México, Thomas Braniff abandonaba su ciudad natal en busca de fortuna. Contagiado por la fiebre del oro se dirigió a California, cuyo ambiente hostil y semisalvaje templó su carácter mas no enriqueció su bolsillo. Viajó después a Sudamérica, contratado por una empresa constructora de ferrocarriles. Así, se desarrollan dos historias paralelas, que convergen en 1865, al llegar Braniff a nuestro país.

El libro prosigue de manera similar. El enfoque microhistórico no sacrifica una visión global de la historia. Sin perder de vista a los Braniff como personajes centrales, el país aparece siempre como escenario.

México avanzaba con paso firme hacia su industrialización: aumentaron las vías férreas, la producción de las haciendas se orientó hacia el mercado, se amplió el comercio interno y externo y se creaban o fortalecían industrias. Braniff no fue ajeno a este auge: de ingeniero constructor de la Compañía México-Veracruz, merced a sus astutos negocios con mercancía de importación, pasó a ser accionista primero y director después de tal compañía. No limitó sus actividades a los ferrocarriles, y se convertiría más adelante en accionista o propietario de varias fábricas, entre ellas, la Fábrica de Papel San Rafael, la Compañía Eléctrica e Irrigadora del Estado de Hidalgo, la Compañía El Buen Tono, la Fábrica de Tejidos San Ildefonso, etc. A sus inversiones en la industria destinó la mayor parte de su capital (45.58%), aunque tampoco descuidó otros ramos: así, en orden de importancia, invirtió en bienes raíces, banca, préstamos a particulares, comercio, ferrocarriles, minería y, en menor medida, haciendas (apenas un 0.47%) de su fortuna. Durante todo este tiempo, los negocios ocuparon casi toda su atención y no se ocupó activamente de la política, si bien manifestó en varias ocasiones su entusiasmo por Don Porfirio y veía con beneplácito sus sucesivas reelecciones.

Seguir el rastro de las andanzas financieras del creador del emporio requirió de una paciente e ingeniosa búsqueda en archivos, revistas y periódicos, así como entrevistas con familiares. Todo ello combinado con una labor de interpretación y hasta intuición que en ocasiones se antoja policiaca. El lector es testigo así de cómo se creó y multiplicó la fortuna de los Braniff. Sin romper la narración fluida, se insertan cuadros con cifras y porcentajes. El libro ofrece así el deleite de una novela y la precisión de un análisis económico.

En tanto crecía el caudal financiero de los Braniff, y de tantos otros para quienes el régimen porfirista se tradujo en bonanza, aumentaban la desigualdad e injusticia sociales. Ya desde principios de este siglo se avizoraba la necesidad de un cambio, que no tardaría en presentarse. Los desmedidos privilegios de que gozaban algunos parecían llegar a su fin. Negros nubarrones parecían ensombrecer el otrora halagüeño panorama de la familia. Por si esto fuera poco, en 1905 murió Thomas Braniff, hecho que conmovió a la opinión pública y mereció más de una nota periodística.

*La burguesía mexicana...* permite conocer la mentalidad de algunos miembros de la burguesía ante el advenimiento de la Revolución, cómo trataron de adaptar su acción a las nuevas circunstancias en busca de salir lo mejor librados posible en caso de un cambio brusco.

Los descendientes de Braniff heredaron la fortuna, mas no el talento financiero del padre. Además, los escasos años transcurridos entre la muerte de Thomas y el estallido de la Revolución redujeron las posibilidades de la familia para reproducir su fortuna. Aunque continuaron sus inversiones en bancos, aseguradoras, minería y comercio, se dedicaron a otro renglón: las haciendas. Se daba así una gran diferencia en relación con la ideología de Thomas, quien, como ya se ha visto, dio escasa importancia a este tipo de propiedades. Por otra parte, la suerte le sonrió a sus hijos Oscar y Tomás, quienes, merced a sus esposales con ricas herederas, se convirtieron en flamantes propietarios de las haciendas de Jalpa y Monte Blanco, respectivamente. En su nuevo papel de hacendados, se preocuparon por modernizar y mejorar sus cultivos. Así, Monte Blanco se transformó en una próspera hacienda cafetalera, en tanto que en Jalpa se construyó una moderna presa.

Oscar tomó tan en serio el asunto agrario, que dejó constancia de su pensamiento en sus *Observaciones sobre el fomento agrícola considerado como base de la ampliación del crédito agrícola en México*, donde proponía el fraccionamiento de haciendas mediante un gravoso sistema fiscal, y su *Memorándum sobre empresas suministradoras de agua para la irrigación*, en el cual retomaba su propuesta de fraccionar haciendas, mas señalaba que no debía hacerse lo mismo con las aguas.

Otra importante diferencia entre los hijos y el padre fue que aquéllos sí participaron activamente en política, si bien su principal aliciente para ello era tratar de preservar la situación privilegiada que hasta entonces habían gozado. Vemos entonces a Oscar Braniff figurar en primer plano durante las conferencias de negociación con los revolucionarios en Ciudad Juárez, y más adelante su hermano fue diputado en el régimen maderista. Sus ambiciones fueron aún más allá al tratar de obtener para sí la presidencia.

Sin embargo, sus vaivenes políticos no les resultaron tan afortunados y parecían ir siempre contra la corriente. Así, mientras en un principio trataron de ganarse la simpatía de Madero, después se convirtieron en sus adversarios. Consecuentemente vieron con buenos ojos la llegada de Huerta a la presidencia; es más, se llegó a señalar su complicidad en el cuartelazo. Como su pensamiento político se caracterizaba por su conservadurismo, mostraron su adhesión al gobierno huertista, que parecía garantizar la vuelta a los privilegios porfiristas. Inclusive Oscar trató de gestionar su reconocimiento ante Washington. Sin embargo, al mismo tiempo Tomás hacía campaña en México para llegar a la presidencia. Al enterarse Huerta de esta situación, los Braniff fueron expulsados del país.

Ya en el exilio, trataron infructuosamente de llegar a un entendimiento con Carranza. Al no lograrlo, prosiguieron con sus gestiones ante los Estados Unidos. Habían ya desistido de sus ambiciones presidenciales, y concentraban ahora sus esfuerzos en lograr que alguien de su entera confianza ocupara el poder; por supuesto, sus posibles candidatos eran porfiristas, huertistas o liberales moderados. Para lograr su objetivo se valieron de toda suerte de ardid, desde sobornos, intrigas, presiones, militancia en grupos políticos antirrevolucionarios e inclusive propusieron una invasión armada e intentaron aliarse con intereses de la burguesía norteamericana.

Sus metas fracasaron y no les quedó más remedio que permanecer en el exilio y ver de lejos cómo se consolidaba la Revolución. La distancia no les impidió salvaguardar sus intereses a través de diversos mecanismos: hacer valer sus derechos como ciudadanos norteamericanos (artimaña que sólo fue aplicable para la viuda y Jorge, el hijo mayor), nombrar apoderados que vigilaran sus propiedades o transformarlas en sociedades anónimas, etcétera.

Al iniciarse la fase de reconstrucción, los Braniff —como muchos otros burgueses en el exilio— se percataron de que los regímenes posrevolucionarios no amenazaban sus intereses, y en 1920 deciden volver a México. Su reacomodo en este país parecía evidenciar que la lucha armada sirvió básicamente para adecuar las viejas estructuras al nuevo orden de cosas que exigía el desarrollo capitalista, pero que de ninguna manera planteó la desaparición de la clase dominante.

Se llega así al final de este libro, que no defraudará a los fanáticos de la microhistoria ni a quienes se inclinan por una historia integradora, pues ambos enfoques se combinan atinadamente, tal y como se promete desde el título, *La burguesía mexicana. El emporio Braniff y su participación política, 1865-1920*. Sería deseable que a este estudio siguieran otros similares, sin importar el apellido de la familia biografiada. Así, inmersos en el placer de una novela profundizaríamos en el estudio de esta etapa tan fundamental en nuestra historia.